

goría, y aun parece que se excusó con el ministro de la Guerra, que no quiso atender á sus razones.

Debiendo partir inmediatamente á Sevilla el dia 21 de Junio, pasó el Sr. Izquierdo á despedirse de sus amigos, y entre ellos de los generales Dulce y Córdova, quienes por primera vez le hablaron de sus planes políticos, haciéndole algunas revelaciones acerca de las fuerzas militares que se hallaban ya comprometidas para llevar á cabo el alzamiento nacional, y rogándole por último que no desenvainara su espada contra la voluntad del país: el general Izquierdo les contestó que, si el movimiento era efectivamente nacional, y no de un partido, podian contar con él, en la seguridad de que su persona estaria á disposicion de la patria; pero advirtiéndoles que no admitiria escritos ni comisionados que trataran de este asunto, pues queria guardar las más absoluta reserva hasta el momento que él considerase oportuno.

Estando ya en Sevilla, el general Izquierdo procuró enterarse de la disposicion de ánimo en que se hallaban los jefes de los cuerpos que guarnecian aquel distrito; y procediendo con la mayor cautela, sin soltar prendas ni comprometerse, fué adquiriendo noticias y ganando voluntades hasta obtener la completa seguridad de que la mayoría de los regimientos, gracias á su admirable disciplina, le seguirian á donde quisiese llevarlos. Entre tanto sobrevino el destierro de los generales unionistas, y entonces ya el Segundo cabo de Andalucía no solo recibió el mensaje que aquellos le enviaban, sino que se puso de acuerdo con el brigadier D. Joaquin Peralta, que estaba al frente de los trabajos revolucionarios en las provincias de Sevilla y Cádiz.

Otro de los hombres que habian de contribuir del modo más decisivo al proyectado alzamiento fué D. Juan Bautista Topete: hijo de un ilustre marino, y marino él mismo, habíase distinguido recientemente en el glorioso combate naval del Callao, sirviendo á las órdenes del inmortal Mendez Nuñez. A su regreso de la campaña del Pacífico, la Reina Isabel le dispensó las más honrosas distinciones y le convidó á su mesa. Poco después fué nombrado comandante del apostadero de Cádiz, cuyo cargo desempeñaba, cuando le irritó sobremanera el comportamiento poco digno que se venia observando con la Marina por el ministerio del ramo. Cuando se decretó el destierro de los generales unionistas y de los Duques de Montpensier, Topete, que nunca habia militado en ningun partido político, pero en cuyo espíritu se agitaban sin duda ideas favorables á un cambio de sistema en el régimen de nuestra patria, sintió un vivo movimiento de indignacion. Pasó á visitar

á los prisioneros que se hallaban en el castillo de San Sebastian, y allí, á solas con ellos, oyó de boca del Duque de la Torre una relacion calurosa de los males que affigian el país, y la declaracion terminante de que era forzoso aplicarles un remedio heróico para evitar la ruina y la deshonra de la patria; que la nacion estaba sedienta de moralidad, de justicia y buen gobierno, y sentia la necesidad imperiosa de hacer una revolucion que la librase de los peligros de la tiranía y de la anarquía, para lo cual tenian el deber de ponerse á su frente todos los hombres de valor y de influencia que sintiesen arder en su pecho la llama del honor y del patriotismo; que por esta razon, los allí presentes y otros muchos habian resuelto efectuar un cambio político, en el que, sin romper los lazos de la tradicion, tuviesen ámplio desarrollo los principios liberales, á fin de acabar de una vez con las agitaciones turbulentas y con las reacciones insensatas; pero convencidos de que esto era imposible con doña Isabel II, habian puesto los ojos en su hermana, la infanta doña María Luisa Fernanda, no dudando que seria aceptada con júbilo por la nacion y proclamada reina de España por unas Córtes Constituyentes, las cuales harian una Constitucion en que cupiesen todos los partidos amantes del orden y de la libertad.

Concluyó el general Serrano su entusiasta discurso manifestando con tristeza, que ya nada podria hacerse, ni aun evitar la revolucion desordenada y violenta, una vez dispersos los jefes que deseaban encauzarla y dirigirla á buen término, á no ser que hubiese un hombre de corazon que los reuniera, sacándolos de su destierro.

Profundamente afectado el brigadier Topete por las intencionadas palabras del Duque de la Torre, contestó en el acto:—“Ese hombre de corazon existe: ese hombre soy yo.”

Siguió á esta declaracion impremeditada una escena de expansion indescriptible, tras la cual debió de reflexionar Topete sobre lo que habia dicho; y luchando en su alma los sentimientos del patriotismo, del deber militar y de la fidelidad á la Reina, expresó el deseo de que el cambio meditado se llevase á cabo conservando en el trono á Doña Isabel II; mas á esto se opusieron los generales, manifestando que, aun cuando ellos intentasen hacerlo, era ya de todo punto imposible, pues la revolucion pasaria por encima de ellos. Entonces Topete reiteró su compromiso; pero poniendo por condiciones, que el movimiento habia de ser nacional, y no de partido; que en este concepto comunicaria su resolucion á los jefes y oficiales de la escuadra; que el alzamiento habria de efectuarse precisamente mientras la Rei-

na se hallase disfrutando de la temporada de baños en las costas cantábricas, á fin de que pudiera salir de España sin peligro de que nadie atentase contra su persona; y que si esta última condicion no se cumplia, quedaba retirada la palabra que habia dado.

A todo esto accedieron gustosos los generales proscriptos, y el brigadier Topete vino á ser desde aquel momento el brazo derecho, el instrumento principal de la revolucion.

#### IV.

Los jefes y oficiales de la escuadra, á quienes comunicó Topete el pensamiento revolucionario, lo encontraron aceptable, y se comprometieron á secundarlo; por manera que antes de partir los generales unionistas para su destierro, llevaban la seguridad de volver á España, conducidos acaso por la Marina del Estado.

El 13 de Julio zarpó de la bahía de Cádiz el vapor *Vulcano* con rumbo á las islas Canarias, llevando á bordo á los señores Duque de la Torre, Dulce, Serrano Bedoya y Caballero de Rodas; y el 15 se embarcaron los infantes, Duques de Montpensier, en la fragata *Villa de Madrid*, mandada por D. Juan Bautista Topete. Durante la travesía de este buque desde Cádiz á Lisboa, mediaron, como era natural, conversaciones bastante íntimas entre los desterrados Infantes y el bizarro marino en quien el Gobierno habia puesto su confianza para conducirlos: en aquellas conversaciones, rogó la Infanta repetidas veces á Topete, que se hiciese lo posible para mantener á su hermana en el trono; y este mismo ruego dirigió con empeño desde su destierro á varios jefes revolucionarios.

Muchos dias permaneció la *Villa de Madrid* en las aguas de Lisboa, no permitiendo el Gobierno portugués que los Infantes desembarcasen, hasta que al fin, zanjadas las dificultades que se les oponian, consiguieron bajar á tierra el 3 de Agosto. Hasta entonces los Duques de Montpensier habian guardado la más completa reserva; pero aquel mismo dia rompieron el silencio que por dignidad se habian impuesto, y dirigieron á la Reina una exposicion, quejándose de la injusticia y falta de consideracion con que eran tratados, sin que por su parte hubiesen dado motivo para que se dictara contra ellos una medida tan dura, extralegal y depresiva de

su gerarquía. De este documento debemos transcribir algunas frases, porque contienen una gran verdad histórica, desconocida ú olvidada después por los adictos á Doña Isabel II, y aun por muchos que entonces la abandonaron.

“Si España, decían los señores Duques de Montpensier; si la desventurada España pasa por situaciones difíciles, que de corazón deploramos, no somos, no, la causa generadora de ellas. Búsquese en otra parte, si le hay, el origen de las conmociones lamentables, que sirven de pretexto para condenarnos. Cuando los pueblos se agitan, es que un grave mal los aqueja; *que no existen individualidades ni nombres tan poderosos que basten á alzar banderas, ni á arrastrar una nación en pos de sí.*”

En efecto, no eran los progresistas, ni los unionistas, y mucho menos los demócratas, quienes podían arrastrar á la nación en pos de sus banderas respectivas, ni bastaban todos juntos para llevarla, sin su consentimiento, adonde no quisiera ir: no eran ciertamente los Duques de Montpensier la causa generadora de la revolución que amenazaba, ni esta pudo ser obra de PRIM ó Serrano, de Dulce ó Topete, ni del Ejército ni de la Marina, por más que fuesen los principales instrumentos de ella. La revolución venía impuesta de arriba abajo; y antes de estallar, estaba decidida ó á lo menos aceptada por la opinión pública como un mal necesario, siendo indudable que Doña Isabel II bajó del trono por faltarle la base sin la cual ningún poder humano se sostiene: la del amor y el respeto de los pueblos.

El brigadier Topete había venido á ser, por la fuerza de las circunstancias, el punto de apoyo de los elementos revolucionarios. Conociendo la gravedad de la situación en que le había puesto su compromiso, en cuanto partieron para Canarias los generales desterrados, comenzó el bravo marino á trabajar con gran actividad y profunda reserva para precipitar el alzamiento; pues ya la Corte disponía su viaje á San Sebastian y Lequeitio, y era preciso aprovechar su estancia temporal en este punto para dar el golpe sin que la Reina recibiese ultraje. Desde luego envió Topete un comisionado á Madrid, para que se entendiese con el *Comité secreto de los conjurados*, en cuyo seno acababa de efectuarse la fusión de los partidos progresista y unionista, hallándose este representado por los señores D. Juan Alvarez de Lorenzana, D. Mauricio y D. Dionisio Lopez Roberts. Al mismo centro se agregó poco después el coronel D. Amable Escalante, jóven dotado de mucho valor personal, pero de carácter audaz y turbulento, á quien fué necesario atraer, para evitar que suscitase agitaciones intempestivas entre cierta clase del pueblo. Los demócratas no quisieron entrar en la conjuración, habiendo manifestado su jefe D. Estanislao Fi-

gueras, que él y su gente no podían conspirar juntos con los otros partidos; pero que se encontrarían unidos el día del combate.

De Madrid partió el mismo comisionado á París y Londres, para verse con D. Salustiano de Olózaga y D. JUAN PRIM, los cuales reiteraron sus promesas de aceptar cuanto hicieran los representantes de los diferentes partidos, que conspiraban en Madrid; pero insistiendo en las reservas que ya otras veces habían hecho en cuanto á la futura constitucion del país. La fórmula de Olózaga era la siguiente: "Hay un obstáculo, que es preciso derribar, y no es posible derribarlo sin el concurso de todos. Pensemos sólo en quitar ese obstáculo. Hagamos nosotros el vacío; y la naturaleza, que tiene horror al vacío, se encargará de llenarlo.,"

Si esta fórmula no era la resultante de un cálculo político, podía considerarse como la última expresión del fatalismo y de la imprevisión: hecho el vacío, pudiera suceder que produjese la asfixia, ó que sólo se llenase de ruinas: los que habían dicho: *Ó todo, ó nada*, podían arramblar con *todo*, y quedarse sin *nada*. Por eso los unionistas, más prácticos y más hombres de gobierno que los progresistas, querían tener una solución inmediata para después de la victoria; pero, ya lo hemos dicho, una solución impuesta, cuando se iba á hacer tabla rasa de la Monarquía, era inadmisibile; imposibilitaba la union momentánea de los partidos liberales; dejaba sin efecto la revolucion.

Topete no quedó muy satisfecho con las contestaciones que dieron á su comisionado los señores PRIM y Olózaga; pero dependiendo de él en gran manera el curso de los acontecimientos, no desconfió nunca de poder conducirlos al término de sus deseos.

El general PRIM seguía entre tanto en contiúas relaciones con la fracción progresista del *Comité secreto* de Madrid, por cuyo conducto sabía todo cuanto se proyectaba en España, y daba á su vez las instrucciones que tenía por conveniente. Para mantener sin riesgo esta peligrosa correspondencia, se habían ideado los medios más ingeniosos. No bastaba escribir las cartas con sujecion á la clave simbólica, de antemano convenida, y que poseían todos los principales conspiradores; pues era posible, como así sucedió, que el Gobierno llegase á adquirir dicha clave ó la traduccion de parte de ella; y á fin de precaverse contra esta eventualidad, se tomaban las precauciones siguientes:

Después de escrita una carta en el lenguaje simbólico, solo inteligible para los iniciados, se la dividía en tiras de arriba abajo, y se numeraban estas tiras por su

orden seguido: los números pares (2, 4, 6, etc.) se colocaban bajo una cubierta, y los impares (1, 3, 5, etc.) bajo otra cubierta, poniendo en ambas el sobre: *Para el general PRIM*. Cerradas estas dos cartas, que juntas componían una sola, se metían en otras cubiertas con sobre á dos personas de confianza, residentes en poblaciones distintas, como por ejemplo, Santander y Cádiz, y se echaban al correo. Cuando los amigos de provincias recibían dichas cartas, y al abrirlas, encontraban dentro las que iban dirigidas al general PRIM, no hacían más que ponerles otra cubierta y dirigirlas á sus corresponsales de Lóndres, personas por lo regular ajenas á la política; quienes, sin cuidarse de nada, ni saber acaso de qué se trataba, las hacían llegar á su destino.

Las dos medias cartas, digámoslo así, solían recibirse en Lóndres con dos ó tres días de intervalo y por conductos diferentes: al abrir la primera el general PRIM, y encontrarse con las tiras de numeración par ó impar, ni él mismo podía leerlas; porque allí solo había palabras emblemáticas sin correlación ni sentido: era menester aguardar que llegara la segunda carta; y entonces, juntando las tiras según su orden numeral, era fácil descifrar lo escrito, poseyendo la clave.

Parecía imposible que llegara nunca á descubrirse el secreto de esta correspondencia; porque, en primer lugar, el contenido aparente de las cartas, merced al lenguaje convencional adoptado, de todo hablaba menos de política, y los nombres propios se ocultaban bajo el velo del pseudónimo; en segundo lugar, aunque se conociese la clave, de nada servía para sacar en claro el sentido de unas frases cortadas y sin ilación, mientras no se poseyesen las dos mitades de cada carta; en tercer lugar, no era factible que la policía se apoderase de esas dos mitades, yendo cada una de ellas bajo sobre á distintas personas poco sospechosas, y por diferentes correos; y últimamente, ni aun los mismos sujetos por cuyo conducto pasaban las cartas, así en España, como en Lóndres, tenían ocasión de comunicarse unos con otros; de manera que, aun cuando cualquiera de ellos cometiese la indiscreción de abrir una carta, se vería chasqueado sin poderla leer. A pesar de tan exquisitas precauciones, que parecían garantizar completamente la impenetrabilidad del secreto, el Gobierno español halló medio de enterarse de la correspondencia dirigida desde Madrid al general PRIM; y las disposiciones que aquel tomaba inmediatamente, y las medias revelaciones que aparecían en sus periódicos probaron bien pronto á los conspiradores que estaban vendidos.

Pero ¿cómo podía ser esto? La correspondencia no era detenida en el correo:





Un lance en la emigracion.

ninguno de los agentes intermedios habia cometido la menor indiscrecion : las cartas llegaban puntualmente, íntegras y sin señales visibles de haber sido abiertas , á manos del general PRIM , que las encontraba conformes , combinaba las tiras pares é impares , leia y descifraba su contenido ; y sin embargo , no era menos cierto que tambien los leia Gonzalez Brabo. Vivamente alarmados , los conspiradores de Madrid enviaron un comisionado á Lóndres para enterar de lo que pasaba al general PRIM , quien comprendió al punto que aquello no podia suceder sino habiendo álguien que le sustrajese las cartas ; y en efecto , luego se convenció de la exactitud de su sospecha ; pues teniendo la costumbre de hacer bolas con las tiras , después de leidas , y arrojarlas en el canasto de los papeles inútiles , miró en él , y vió con indignacion que no habia ninguna bola. Era , pues , indudable que algun criado , algun amigo de los que frecuentaban su casa le robaba aquellas cartas. Faltaba descubrir el ladron ; y á este fin encargó el General á sus correligionarios políticos que no dejasen de escribirle , como si nada hubiera pasado : en cuanto recibió carta de ellos , hizo de las tiras tres pelotas , y las echó en el cesto , poniéndose en observacion de todas las personas que iban á visitarle ó entraban en su gabinete.

Varios emigrados españoles fueron á ver por aquellos dias al general PRIM : con todos hizo la prueba de dejarlos solos en su gabinete durante un breve rato , y tuvo la satisfaccion de ver que ninguno de ellos era el traidor que buscaba. Por fin , una mañana se presentó á visitarle cierto italiano , que se le vendia por uno de sus mayores amigos : el General le hizo entrar en su despacho , rogándole que aguardase un momento ; vino luego , miró con disimulo al canasto , y vió que las tres bolas habian desaparecido. En el acto se lanzó furioso al italiano , llamándole traidor ; y asiéndole de un brazo , sacó una daga que al efecto llevaba prevenida , y le amenazó de muerte. Aterrado y confuso , el italiano se arrodilló á los piés de PRIM pidiéndole perdon , y confesando , por consiguiente , su culpa.

Inspirado entonces por una súbita idea , el General guardó la daga , dijo al italiano que se levantase del suelo , le mandó sentarse , y después de reconvénirle con severas frases por la conducta indigna que habia observado en su casa , le manifestó que , sin embargo , comprendia perfectamente la causa que le moviera á cometer aquel punible abuso de confianza , no pudiendo ser otra esa causa que la necesidad de proporcionarse recursos para vivir , lo cual sin duda alguna le habria obligado á vender sus servicios al Gobierno español. Convino el atribulado italiano en que tal era la verdad , mostrándose sumamente arrepentido y dispuesto á ejecutar cuanto

se le mandase para merecer el perdón de su pasada infidencia; y PRIM le contestó, que estaba pronto á perdonarle, pero con la condicion de que habia de continuar llevando cartas al Embajador de España en Lóndres, de igual modo que hasta allí, solo que estas cartas serian las que él mismo le entregara.

Gustoso aceptó el italiano y juró cumplir fielmente una comision tan ventajosa para él; pues así podia seguir cobrando con menos riesgo la mal ganada asignacion que le daba el Embajador español, y á muy poca costa quedaba bien con el general PRIM: este, por su parte, habia encontrado un excelente medio de desorientar al Gobierno y tenerle constantemente engañado; lo que consiguió haciendo llegar á sus manos cartas cifradas, que escribia él mismo, como si fuesen procedentes de Madrid, y en las cuales daba las noticias menos verídicas y que más podian convenir á sus fines. Posteriormente, cuando salió de Lóndres para venir á ponerse al frente de la revolucion, dejó escritas al italiano varias cartas insignificantes, dirigidas al mismo en distintas fechas adelantadas, encargándole que las fuese presentando sucesivamente al Embajador, para mantenerle en la creencia de que él, PRIM, permanecia en la capital de Inglaterra: esta estratagema fué coronada por el éxito más completo.

## V.

Volvamos al brigadier Topete que, habiendo regresado á Cádiz, después de dejar á los Duques de Montpensier en Lisboa, y noticioso de que la Corte disponia ya su viaje á las Provincias Vascongadas, ardia de impaciencia por salir cuanto antes de la azarosa situacion en que se habia colocado. Seguro de poder contar con la Marina, quiso tener propicias las fuerzas que guarnecian aquella plaza: fácilmente se atrajo la oficialidad del regimiento de Cantabria, que estaba de antemano trabada; no así la perteneciente al arma de Artillería, que resistió hasta no poder más; pero sabiendo que se hallaban comprometidas casi todas las tropas del tercer distrito, activó los preparativos con ánimo de iniciar el movimiento á mediados de Agosto; de lo cual tuvo que desistir, á pesar suyo, por falta de conformidad con algunos de los principales elementos que debian concurrir á tan árdua empresa.

Deseando partir de una base cierta, envió el señor Topete un mensajero á la In-

fanta, encargado de suplicarle que declarase si aceptaría la corona de España; pues la situación se agravaba por momentos, y era necesario tomar pronto una resolución salvadora. La Infanta contestó, "que ya conocía el señor Topete su pensamiento: que ella solo veía la salvación de España en la concordia de todos los partidos liberales bajo el cetro de su hermana doña Isabel II.," Instada más tarde, y cuando vio que la revolución era inevitable, dijo: "que no podía querer el destronamiento de su hermana; pero no estando en su mano evitar esta desgracia, ocuparía su puesto, siempre que las Cortes por unanimidad se lo ofreciesen."

Los acontecimientos, entre tanto, se precipitaban, y ante la inminencia del peligro y la ceguera de la Corte y del Gobierno, el Duque de Montpensier se decidió á prestar su apoyo á la revolución, facilitando, según se asegura, recursos pecuniarios.

Antes de tomar el cuñado de la Reina esta resolución extrema, era ya inevitable el cataclismo. "Cada vez empeoraba más á vista de ojo la situación de la Corte y del Gobierno, sin otro apoyo alguno que el de los neo-católicos y el de los amigos personales de Gonzalez Brabo, mal acordes, y teniendo en contra todos los elementos liberales; y sin embargo, tan ciegos, que añadían combustible á las llamas con distribuirse los honores, escarneciendo la opinión pública y el sentimiento moral en grado sumo. D. Luis Gonzalez Brabo empezaba á figurar entre los caballeros de la insigne orden del Toison de Oro: D. Joaquin Roncali obtenía la grandeza de España: D. Carlos Marfori era nombrado marqués de Loja. Uno de los ministros se opuso esterilmente á escándalo tan notorio, vaticinando que el país los habría de echar, no á tiros, sino á palos... <sup>1</sup>,"

Ya el Marqués de Miraflores y el Conde de San Luis se habían alejado de aquella situación: ahora lo hacían otros personajes importantes del partido moderado. D. Alejandro de Castro dimitía la embajada de Roma: lo propio hacía el Conde de Cheste con la comandancia general de Alabarderos, negándose á desempeñar la Capitanía general de Cataluña, si bien su gran lealtad le obligó á aceptar más tarde este cargo: por no servir la de Castilla la Nueva, el Marqués de Novaliches se fué á Ledesma pretextando la necesidad de tomar aquellas aguas. La Corte se hallaba disfrutando las delicias del campo en el Real sitio de San Ildefonso desde el 3 de Julio, y á principios de Agosto era tan crítica la situación, que el mismo Gonzalez Brabo, con todos sus colegas, quiso dejar el Ministerio; lo que no hizo

<sup>1</sup> FERRER DEL RIO, lugar citado.

por haberle instado la Reina una vez y otra á permanecer en el Gobierno hasta su vuelta á Madrid. Tal era, sin embargo, la opinion que en general se tenia de aquel personaje, que nadie creyó en la posibilidad de su retirada voluntaria, y antes bien corrió muy válida la voz de que habia jurado no bajar del poder, sino cayendo juntamente con él Doña Isabel II del trono. A la verdad pudo Gonzalez Brabo haber pronunciado palabras semejantes, sin la intencion siniestra y ambiciosa que les fué atribuida; pero si quiso decir que no abandonaria en ningun trance á la Reina, ó caeria con ella defendiéndola, llegado el caso no cumplió su juramento.

Por fin emprendió la Corte su proyectado viaje á Lequeitio, saliendo de La Granja el 9 de Agosto, y dirigiéndose primero al Escorial, donde se detuvo hasta el dia siguiente. ¡A qué tristes reflexiones se presta aquel viaje, último que hacia doña Isabel por el país en que habia reinado durante treinta y seis años! Acompañábanla su esposo y todos sus hijos; sus ministros, sus cortesanos y alta servidumbre; y tambien la rodeaban la lisonja y la perfidia, sembrando de flores aquel camino, que la conducia rápidamente al destierro. Recibíanla en los pueblos con festejos y aclamaciones, y los pueblos sabian que estaba condenada á bajar del trono; rendíanle las tropas los honores debidos á su dignidad real, y el Ejército estaba próximo á volverle la espalda; la esperaban buques de la Armada para tributarle homenajes y servicios, y de aquellos buques habia de salir el primer grito que la expulsase de España.

La Reina llegó á San Sebastian á las tres de la madrugada del 12 de Agosto. Pocos habian dormido aquella noche en la linda capital de Guipúzcoa: casi todos sus habitantes y los miles de madrileños, que solian frecuentar aquellas deliciosas playas en la temporada de baños, se paseaban alegres y animados por la carrera, de antemano dispuesta y adornada, que habia de seguir la augusta viajera. La estacion del ferro-carril se hallaba engalanada con arcos de verdor, macetas de flores, juegos de luces y tapices, y en el trecho que media desde aquel punto hasta el embarcadero del puerto se alzaban, á los dos lados del paseo, erguidas entenas, que sostenian vistosos gallardetes y los escudos de armas de diferentes pueblos de la provincia, pendiendo de ellas, á manera de floridas guirnaldas, millares de farolillos de colores: á cada extremo del puente del Urumea se levantaba un arco triunfal, y otro habia cerca de la casa del infante Don Sebastian, donde estaba dispuesto el desayuno para la Real familia.

Un cañonazo disparado en el castillo de la Mota dió la señal de la llegada del